

CHARLAS CON MI PADRE

ANTONIO LUIS LLORENTE PINTO*

RESUMEN: Con este artículo el autor, hijo del homenajeado, simplemente pretende hacer públicas algunas conversaciones toponímicas de temas salmantinos que él sostenía con su padre, con la esperanza y deseo de que resulten amenas o curiosas, y de que pongan de relieve la faceta más humana de don Antonio Llorente Maldonado de Guevara.

ABSTRACT: With this article the author, son of the paid homage, simply intends to make public some toponimic conversations about Salamanca, that he was supporting with his father, with the hope and desire of the fact that result pleasant or curious, and the fact that throw into high the most human facet of Antonio Llorente Maldonado de Guevara.

PALABRAS CLAVE: Topónimos / Etimología / Salamanca / Lingüística.

* Profesor de Latín del I.E.S. Gabriel y Galán de Montehermoso, Cáceres.

Yo mantenía largas conversaciones con mi padre, conversaciones llenas de encanto en las que no dejaba de sorprenderme su inmenso conocimiento sobre cuestiones lingüísticas; pero no era un conocimiento meramente libresco sino que estaba basado en un trabajo de muchos años recorriendo pueblos, haciendo encuestas, hablando con los lugareños.

Lo que quiero hacer aquí es recrear algunas de esas charlas de contenido lingüístico de las que desgraciadamente ya no volveré a disfrutar, con la esperanza de que a la gente le puedan resultar interesantes, agradables o curiosas.

Acostumbrado como estaba desde que tengo uso de razón a los increíbles conocimientos de mi padre, no me sorprendía —aunque a veces fuera inevitable— que casi siempre tuviera respuesta para todo; así pues, tras unos primeros momentos de perplejidad ante sus respuestas, luego todo me parecía lo más normal del mundo.

Creo recordar que lo primero que me llamó la atención de mi padre fue el hecho de que por el acento, la entonación, los apellidos, o por todo a la vez, supiera de dónde era una persona: lo hacía cuando alguien hablaba en la tele, cuando oía a alguien por la radio e, incluso, lo hacía a través de las puertas. Esto que acabo de decir se refiere a una célebre anécdota de mi padre que no me resisto a contar (mi padre era un hombre terriblemente culto y de una memoria prodigiosa. Posiblemente hubo, hay y habrá personas más cultas, sabias, inteligentes y mejores lingüistas que él en el terreno científico; pero —y no es amor filial— dudo que pueda haber una persona con mayor intuición lingüística que él, especialmente en el campo dialectológico y toponímico).

Cualquier persona de la Facultad que conociera un poco a mi padre se acordará de que se caracterizaba por tener un despiste feroz (le gustaba mucho utilizar esta expresión), y, a menudo, se quedaba encerrado en el Palacio de Anaya por las tardes porque, enfrascado en vete a saber qué, no había oído las palmadas de los bedeles. Uno de estos días, al bajar al patio del Palacio, seguramente con su inseparable gabardina, puesta o al hombro si hacía calor (era una especie de Colombo charro), se dio cuenta de que estaba encerrado, y, al oír a gente hablando al otro lado del portón principal del Palacio de Anaya, golpeó el mismo y les dijo que era un profesor de la Facultad que se había quedado encerrado. Habló con una chica que se prestó a llamar por teléfono a nuestra casa para decirnos lo que había pasado y tranquilizarnos. La chica cumplió su misión a la perfección y volvió para contarle a mi padre el resultado de sus diligencias. Mientras estaban hablando, en un momento de la conversación, mi padre le dijo: “Perdone señorita, usted es de Estella ¿no?”. La chica —supongo que atónita al descubrir que el pobre hombre encerrado con el que hablaba a través de un portón, invisible para ella, se había convertido en una especie de taumaturgo, le dijo: “¿Cómo lo sabe usted?”. Y mi padre contestó despreocupadamente: “No, por su forma de hablar”. Habrá gente que pensará que esto no es especialmente meritorio para un dialectólogo y que es relativamente fácil, pero a mí me dejó patidifuso.

Había adquirido mucha práctica como dialectólogo y un fino oído a lo largo de muchos años de realizar encuestas y de recorrer muchos puntos de España, como ya dije antes; pero era sin duda en la actividad de la toponimia donde más destacaba, y es de estos conocimientos, concretamente de los referidos a la provincia de Salamanca, de los que le gustaba hablarme, y cuando más tiempo teníamos de hacerlo era cuando paseábamos por el campo durante el verano.

Una tarde, después de que mi padre hubiera terminado de hacer su ración diaria de traducciones y de reseñas de libros alemanes (no sé por qué eran casi siempre alemanes), salimos a pasear por el campo. Él, inconfundible, con sus eternas “chirucas”, sus gafas de sol, su sombrero de paja y su cuerda a modo de cinturón; yo, siguiéndole con la lengua fuera, como un perrito faldero (“compañero de fatigas” me llamaba él). A la entrada del cuarto de *La Espinera* por el de *Los Barros* nos encontramos con el mielero de *Valero*. Mi padre se puso a charlar animadamente con él. El mielero estaba impresionado de los conocimientos que mi padre tenía de la Sierra de Francia. En un momento de la charla sentí un pequeño codazo, señal de que el mielero debía de haber dicho algo sobre lo que mi padre quería llamarme la atención; pero, por mucho que me esforcé, no conseguí percatarme de aquello que quería mi padre. Nos despedimos del mielero y seguimos andando en dirección a *La Huerta*. Mi padre tenía una sonrisita de secreta satisfacción. Al poco rato me preguntó: “¿Te has fijado en lo que ha dicho el mielero?” Yo le dije que no, que qué había dicho. “Ha dicho *versana* en lugar de *besana*”. Y fue entonces cuando mi padre me explicó que se suponía, si bien había distintas teorías, que esta palabra procedía de *bis annua*, esto es, ‘terreno que se siembra cada dos años, dejándolo descansar uno’; que esta explicación encajaría bien con el sentido de la palabra y con la *b* que tradicionalmente aparecía en esa palabra. “No obstante —decía mi padre— esta etimología tiene algo que no acaba de convencerme”. Luego me dijo que se habían propuesto otras etimologías, como la de ‘terreno arado o volteado para sembrar’, del latín *verto* o *verso*, explicación que encajaría con la “palabreja” que soltó el mielero. Yo pensé que mi padre prefería la segunda explicación, pero al final me dijo: “En cualquier caso, lo más probable es que *versana* sea un vulgarismo o una etimología popular”. Así era mi padre: nunca se fiaba de ninguna explicación etimológica, al menos no del todo, especialmente si esta explicación era demasiado evidente.

Otro fin de semana, por la tarde, decidimos ir a dar una vuelta en coche por la carretera nueva que iba, pasando por detrás de *Los Montalvos*, de Salamanca a *Matilla de los Caños del Río*. Precisamente al pasar por *Los Montalvos* se me ocurrió preguntarle si, como parecía bastante obvio, *Los Montalvos* significaba ‘los montes blancos’. Él me dijo que eso era lo que parecía a simple vista. Yo le dije que por qué *alvos* no se escribía con *b*, y él me contestó que eso no tenía mucha importancia porque antes de las reglamentaciones ortográficas había habido mucha confusión y arbitrariedad en las grafías. Cuando yo pensaba que el asunto estaba zanjado, va y me dice: “Si te sirve de algo, yo más bien pienso que *Los Montalvos* procede de **Montcalvos*, es decir, ‘los montes pelados, talados’; se trataría, pues, de

‘calveros del monte’”. Esta explicación, aunque más fea que la obvia, me pareció más verosímil, pues daba explicación de la *v* del topónimo y de la realidad física del paraje.

Sin embargo, y relacionado con lo anterior, hay un microtopónimo (¿se puede decir así?) que da nombre a un cuarto de *Porqueriza*, alquería muy próxima a *Sagos*, que tiene un nombre precioso de origen totalmente latino y en el que está presente el calificativo *albo* con el sentido, claro está, de ‘blanco’: se llama el cuarto *Gejos Albos*, es decir, ‘piedras blancas’. Me explicó mi padre que dicho microtopónimo procedía de **saxos albos* (cfr. Gallego *seixo*). Hay, además, muy cerca de *Porqueriza* otra alquería que se llama *El Gejo de Diego Gómez* cuyo significado y origen son los mismos. En realidad la denominación de *Gejos Albos* es redundante porque, según me dijo mi padre, el término *gejo* se refería específicamente a un tipo muy concreto de piedra: piedras de cuarcita, relativamente granditas y agudas, y ya se sabe que estas piedras son blancas, como efectivamente pasa en el cuarto de *Porqueriza*, donde el terreno está salpicado de grandes y relucientemente blancas piedras de cuarzo.

Una mañana mi padre y yo, bajo un sol de justicia, enfilábamos la carretera que va de *Sagos* a *Carreros* y, cuando ya llegábamos al punto de la carretera desde el que se ve perfectamente *Pico Cervero*, se me ocurrió preguntarle por la etimología de dicho topónimo. Le pregunté que si había tantos ciervos allí o si los había habido. Me contestó que no sería nada extraño que los hubiera habido. Aquel verano se daba la circunstancia de que mi padre estaba leyendo una tesis sobre el léxico de un libro de caza y cetrería del siglo *xiv* (creo). Me dijo que en ese libro se mencionaba la gran cantidad de onagros o asnos salvajes que había precisamente en *Pico Cervero*, y que esos onagros se llamaban en aquella época *cebras* o *zebras*. Según mi padre, era muy probable que el pico se llamara primitivamente **Pico Cebrero*, y que luego se produjera una metátesis influenciada, quizás, por la etimología popular. Si esto es cierto, el nombre del pico provendría también de la abundancia de un determinado tipo de animal en esa zona, pero no del que parecía más evidente.

No se me olvida tampoco otro día en el que mi padre y yo fuimos de excursión a la zona de *Las Arribes*. La pregunta era obligada: “¿Qué quiere decir eso de *Las Arribes*?” Mi padre dijo: “Eso es una cuestión muy complicada”. Me encantaba que mi padre dijera eso porque era el preámbulo de una explicación apasionante. Luego me empezó a contar que la explicación más extendida era la de que el topónimo procedía del latín, concretamente de **ad ripae*, es decir, ‘lugar ribereño o a las orillas de un río’, con asimilación progresiva de la *d* a la *r*, conversión del genitivo en *ae* en *e* y sonorización de la *p* sorda intervocálica. Por cómo dio la explicación me di cuenta de que no le convenía mucho tal interpretación: estaba la dificultad del genitivo con la preposición *ad* de acusativo, si bien se suponía que había desaparecido el término en acusativo del que el genitivo sería el complemento del nombre; existía también la dificultad del significado, que parecía un poco traído por los pelos.

Fue más tarde cuando mi padre me dio la explicación que a él le resultaba más verosímil. Según él, era muy probable que el topónimo *Los/Las Arribes* procediera del mismo término que el del norte-africano *El Rif*, y, en definitiva, del mismo que el topónimo *Arrecife*. Este término significaría algo así como ‘lugar escarpado y pedregoso’, o incluso ‘acantilado’, significación que iría muy bien con la realidad física de *Las Arribes*. Estaríamos, pues, ante un término de origen beréber.

Un día que mi padre y yo íbamos andando por la zona de *Rollán*, se me ocurrió preguntarle por el origen de ese topónimo. Me resultaba tan familiar ese nombre que nunca me había parado a pensar de dónde podía venir; pero luego, cuando reflexioné sobre la cuestión, me dije: “Este término parece bastante raro ¿qué significará?”. Y se lo pregunté a mi padre. En este caso el origen estaba, por lo visto, claro: se trataba de un término evolucionado a partir de *Roldán* o *Roland*, el nombre de un repoblador francés de ese pueblo en concreto.

Más curiosa me pareció la etimología de *Golpejas*. Mi padre me dijo que era un topónimo de origen latino, concretamente un diminutivo de *uulpes* ‘zorra’ (*uulpeculas*), que evolucionó a la forma actual de una manera bastante regular y clara. Y es que parece ser que por esta zona había muchas zorreras o cuevas donde se ocultaban las raposas (algunas de estas cuevas se ven todavía hoy desde la carretera de *Vitigudino*).

Me viene a la memoria también otra caminata, en verano, desde *Sagos* hasta *Porqueriza* y *La Mata de Ledesma*. Recuerdo que era un día de mucho calor, un calor agobiante. Cuando ya volvíamos a casa para bañarnos y comer, poco antes de llegar, vimos unas zonas desarboladas entre encinos, que tenían un color blanquecino a ras de suelo. Le pregunté a mi padre qué era aquello. Me dijo que eran terrenos salinos o salmuerales (las denominaciones de topónimos por las características de suelo, sean éstas cuales sean, son frecuentes, por ejemplo, *Bermellar*, cerca de *Lumbrales*, que recibe esta denominación por el tono rojizo de esas tierras, del latín *vermiculus*, ‘gusano’). Luego me explicó que el nombre del pueblo de mi madre, *San Morales*, un pueblo que está muy cerca de *Babilafuente*, venía precisamente del término *salmuerales*, porque en esa zona había terrenos salinos; que la denominación actual era debida a un falso corte y a etimología popular: “No existe ningún santo que se llame *Morales*”, dijo. Ni se me había ocurrido pensarlo.

A otra etimología popular se debe la denominación actual de un pueblo cercano a *San Morales*, *Aldealengua*. Una de las explicaciones más verosímiles es que procediera de **Aldealuenga*, posteriormente convertido en *Aldealengua* por los lugareños, puesto que el adjetivo *luengo* se utilizó en castellano antiguo pero perdió rendimiento funcional a favor del adjetivo *largo*. Los hablantes de español no reconocían ya el sentido de *luengo* y lo cambiaron a la palabra que pensaban que debía ser la que tenía por parecerse más, aunque un topónimo como *Aldealengua* no tuviera ningún sentido.

Caminábamos una tarde por la zona de *Canillas de Arriba*. Nos acercábamos ya a la ermita de *La Virgen del Cueto* cuando mi padre me explicó —quizás adivinando la pregunta que iba a hacerle— que *cueto* era una palabra (creo que me dijo

que era de origen germánico o celta: tiene que ver con el término *coto*, *cotorro*, etc.) que significaba ‘teso, colina, alto, cerro’, etc.; por lo tanto, *La Virgen del Cueto* es ‘la Virgen del alto, del cerro’. Y, efectivamente, la ermita está situada en una pequeña elevación del terreno que se hace más evidente por la parte oeste-noroeste de la ermita, donde hay una depresión pronunciada por la que pasa una ribera espléndida.

Otro topónimo que hace referencia a la característica de la altitud y que es un pequeño misterio en cuanto a su origen (parece que es prerromano y que está muy extendido en toda España) es *Yecla*, por ejemplo *Yecla de Yeltes* en el oeste de la provincia salmantina.

Aprendí de mi padre que la toponimia no es sólo una disciplina lingüística en sí misma, aislada de otras disciplinas, un simple pasatiempo etimológico, sino que es una disciplina útil, muy útil como ciencia auxiliar de otras muchas y diversas especialidades: por ejemplo, donde falta la historia, donde faltan los documentos, allí está la toponimia para dar luz a la oscuridad de los hechos. Topónimos como *El Teso del Corcho*, *Carbajosa de la Sagrada* o *Valdefresno* (un topónimo menor) nos dicen que, en parajes en los que ya no hay rastro de lo designado, hubo antiguamente alcornoques, quejigos o quizás encinas y fresnos respectivamente (mi padre se dolía mucho de estas pérdidas).

En fin, no quiero insistir en la importancia de la toponimia para el conocimiento del origen de las repoblaciones de la provincia de Salamanca, sus distintas áreas de influencia, su importancia y su cronología, pues mi padre ya lo trató ampliamente en numerosos artículos; pero sí me gustaría citar, a modo de pequeño recordatorio, unos cuantos:

- **Gallegos o leoneses:** todos los numerosos topónimos que llevan el nombre de *Gallegos*, y que sería muy largo enumerar aquí; el nombre mismo de la finca en la que pasamos los veranos, *Sagos*, parece que proviene de repobladores sayagueses, y que hubo dos núcleos primitivos de repoblación (*los dos sayagos, de ahí la forma plural de *Sagos*); etc.
- **Castellanos:** los más evidentes, y especialmente los que llevan el nombre, claro está, de *Castellanos*...
- **Árabes o mixtos:** bastantes como, por ejemplo, *La Armuña* (‘el jardín o el huerto’), *Almenara de Tormes*, *Mogarraz*, *La Alberca*, o mixtos como, por ejemplo, *La Valmuza* (‘el valle del moro Muza’), *Cipérez* (‘el señor Pérez’), *Villar del Profeta* (traducción de la palabra que significa ‘profeta’ en árabe), etc.
- **Germánicos (godos):** *Vitigudino* (del nombre y origen del repoblador), *Peña Gudina*, etc.
- **Vascones:** todos los que llevan el nombre de *Blasco*, *Velasco*, *Galín/Galind-* en composición o *Sancho*, *Sanch-*, etc.
- **Mozárabes:** los que acaban en *-iel*, como *Calzada de Valdunciel*, en su última parte (‘Calzada del valle del doncel’), etc.

- **Latinos:** me refiero a los que remontan en última instancia a estadios antiguos, aunque el nombre haya sufrido la evolución castellana normal como, por ejemplo, *Monsagro* ‘el monte sagrado’, *Padierno*, finca cercana a *Sagos*, que precede del adjetivo o de, quizás, el nombre propio *Paternus*, y que con distintos cambios fonéticos es frecuente en toda España (cfr. *Paterna*, *Padern*, etc.), todos los que llevan el término *Villar* en compuesto o *Villares* o *Villa*, etc.
- **Prerromanos:** ya sean de estirpe indoeuropea o no. De los primeros podemos citar *Ledesma* (‘la llanísima’), probablemente de origen celta, *Candelario* (‘lugar montañoso’, cfr. *Cantabria*, *Candeleda*, etc.), *Salamanca* (relacionado con el topónimo *Jalama*), que quizás signifique ‘río caudaloso’, y que tiene una raíz típicamente indoeuropea, de eso que se ha dado en llamar *alteuropäisch*, *sierra de Gata* (cfr. *Cabo de Gata*, etc.), y que probablemente signifique también ‘montaña o cordillera’. Otros muchos son de origen y significado desconocido y quizás lo seguirán siendo. Hay un término que ha dado lugar a numerosísimos topónimos en toda España, sobre todo en composición y que en Salamanca tiene una cierta vigencia como designador de microtopónimos y que, por lo tanto, tiene vitalidad como apelativo todavía: me refiero a la palabra *nava* (‘pequeño valle por donde corre el agua cuando llueve mucho’. A mi padre le gustaba mucho esta palabra y la decía mucho: él pensaba que podía ser una palabra de origen indoeuropeo que hiciera referencia a la forma cóncava del valle, como *navis* en latín.

* * *

Quiero terminar refiriéndome a otra de las pasiones de mi padre: el habla salmantina; pero no voy a tratar de construcciones o de léxico porque eso está mucho mejor y más detalladamente explicado por mi propio padre, sino que voy a reproducir alguna charla o discusión que manteníamos, para que se pueda comprender mejor cuál era su forma de sentir.

Mis hermanos y yo nacimos todos en Granada, pero mientras que ellos vinieron a Salamanca ya adolescentes o con una edad en que ya tenían adoptados ciertos usos lingüísticos, yo llegué a los tres años, de tal manera que yo soy totalmente salmantino en mis usos lingüísticos mientras que ellos utilizan una especie de lengua estándar. Por esta razón mis hermanos se ríen de mí cuando digo cosas como *candar*, *esta mediodía*, *caer un libro*, *¿lo qué?*, *buena gana de...*, *encolar la pelota en el tejado*, etc. Sin embargo mi padre era un fervoroso defensor de mí en este aspecto (¿cómo podría ser de otra manera?). Pero también era terriblemente normativista o legalista.

Un día le pregunté por qué estaba mal dicho *¿lo qué?*, que a mí me sonaba muy bien. Él me respondió que era una incorrección y un vulgarismo porque era una expresión propia de una zona muy pequeña, y que los provincialismos o regiona-

lismos en el *DRAE* se consideraban vulgarismos y, por lo tanto, incorrecciones desde el punto de vista del lenguaje estándar y normativo; que lo correcto era *¿qué?* o *¿el qué?* Yo le dije que *¿qué?* me parecía muy escueto y pobre, y que *¿el qué?* me sonaba muy cursi y rimbombante, pedante incluso; que no me parecía justo que una expresión, por el mero hecho de ser un provincialismo, tuviera que ser incorrecta o vulgar; que lo comprendía en el caso de *caer*, puesto que es un verbo intransitivo utilizado incorrectamente como transitivo, pero no en el de *¿lo qué?*; es más, que, puesto que se preguntaba por toda la frase o expresión que no se había entendido, lo lógico era usar el neutro *¿lo qué?* al requerir repetición de lo dicho (admito que con *¿qué?* bastaría también); en cambio, *¿el qué?*, al ser masculino, aunque *el* sea un actualizador, por el hecho de ser precisamente el artículo masculino, me parecía que podía resultar más ambiguo para preguntar por toda la frase. No sé si le satisfizo mi razonamiento, pero, al menos, no se volvió a hablar más del asunto.

* * *

Papá, se va a cumplir un año desde que la Muerte te cogió de la mano entre encinos y manjolinós. Un vacío muy grande ha dejado en nuestras almas y vidas tu pérdida irreparable; pero, aunque ya te veamos velado por la bruma de tus silencios, el recuerdo de tu risa homérica, abierta, franca y contagiosa, y de tu conducta intachable, será asidero seguro para nuestras noches más oscuras.

Pocos días antes de que muriera, le pregunté —cosa que raramente yo hacía— por sus gustos literarios. Le dije que escogiera tres libros, que fueron los siguientes:

- *El Quijote*, de Cervantes.
- *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo.
- *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez (decía que sólo conocía algo de la literatura en lengua española).

Yo le hablé de *La Celestina*, y me dijo que era una obra magnífica, desde luego. Creo que las palabras finales del *Planto de Pleberio* son muy apropiadas para despedirme de ti, papá: “¿Por qué me dejaste solo, por qué penado y triste *in hac lacrimarum valle?*”.